

clararse seguidores suyos! ¡Cuántos queriendo Hermanarla con otras, pretenden llevar á un mismo tiempo la cruz de Jesucristo y la cruz del mundo! ¡Cuántos en fin, despreciándola y hollándola enteramente, fabrican encima de ella ídolos de abominacion! el de la ambicion el soberbio, el de la carne el impúdico, el del interés el avaro, el de los honores el vengativo, y así de los demás. Ahora bien, ¿cómo podrá este árbol de vida tan mal cultivado y puesto en un terreno que no fertilizan los sudores y la sangre de un Dios, dar aquellos frutos que felizmente produce en otras tierras, si no tan buenas, mejor beneficiadas? Caigan, caigan estos ídolos, y entonces se verá á la santa cruz renovar sus antiguos prodigios y difundir por todas partes sus resplandores. Sí, entonces participaremos todos de la virtud y sabiduría de Dios, con lo cual ya no podrán intimidarnos las asechanzas ni las fuerzas del horrible enemigo; entonces será santificado el Cristianismo, ilustrada la Iglesia, abatido el infierno, y cada vez mas poblado el cielo, que el Señor se digne conceder á todos nosotros. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA SANTA CRUZ.

Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Jesu Christi. (La santa madre Iglesia y el apóstol san Pablo á los galatas, vi).

Nosotros, empero, debemos gloriarnos en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

1. Todas nuestras glorias hemos de procurar vincularlas en la cruz de Jesucristo, á tenor del tema sentado... La Iglesia nos recuerda, por medio de la cruz, los honores que Cristo le reportó, á fin de suscitar en nuestros corazones el propósito de abrazarla y reverenciarla... Con ánimo de secundar tan sábio consejo, manifestaré de qué manera la cruz fue honrada por Dios, por Cristo y por los fervorosos cristianos.

2. El uso de la cruz data de remotísimos siglos... En todas las naciones era mirada como un padron de ignominia, pero desde el pecado de Adan estaba ordenada en la mente de Dios como un misterio... La justicia y la misericordia en Dios harian lo que las dos madres del tiempo de Joram... Salvadme, diria la justicia... Salvadme, añadiria la misericordia... Grave era la causa que por una y otra parte se debatia... La una pedia la muerte del hombre; la otra pedia su vida... Mas ¿cómo concederle esta cuando todas las fuerzas humanas reunidas no bastaban para merecerla? Era necesario... que procediendo de un árbol el veneno y la muerte, procediese de otro árbol el remedio y la vida... Desde entonces quedó decidida la grande obra que devolvió á Dios su gloria, al hombre la vida... Tal fue el primer honor dispensado por Dios á la cruz... Mas no se reducen á esto solo sus glorias... ¿Cuántas bellísimas figuras, dice san Agustin, no tenemos de ella en las sagradas Escrituras?... Arca de Noé... Vara de Aaron... Vara de Moisés..., etc. ¡Oh madero! ¿quién en estos símbolos no te ve prefigurado?... Tras largos siglos y preclaros símbolos, no diré vino, sino voló el Hijo de Dios á abrazarse con la cruz... ¡Cuánto desearia llegase su hora!... *Quomodo coarctor usque...* Llegó, por fin, el suspirado dia... abrazó la cruz... la llevó sobre sus lacerados hombros... y permiti-

tió le desnudasen para santificarla con su contacto inmediato... Hubiera bastado ser atado á ella como sus compañeros, mas él quiso ser clavado... Si la espada de Goliat con estar manchada con su impura sangre la consideró Abimelec digna de ser expuesta á la veneracion pública, por haber sido instrumento del triunfo de David, ¿quién podrá expresar la veneracion que se debe á la cruz, instrumento con que el Hijo de Dios triunfó del Goliat infernal?... Al impulso de esta arma tuvo el demonio que soltar su presa... Aun de su sombra huye... Por medio de ella el hombre tentado se defiende... Á mas del demonio todas las cosas creadas sienten la virtud de la cruz... Siéntenla los ciegos...

3. No contento Jesús con haber honrado tanto á su cruz, quiso conservar en su carne glorificada las llagas que le fueron abiertas en ella... De las otras no conservó cicatriz alguna; aquellas quiso que fuesen distintivos de su nueva vida... Sus demás misterios fueron revelados por medio de desusados anuncios... el mejor argumento para el de su Resurreccion fue la manifestacion de sus llagas... Siendo tanto el aprecio que Jesús hizo de su cruz, la señal de esta simbolizó ya desde muy antiguo entre los cristianos su profesion de fe... Otras santas costumbres entré ellos sobre el uso de la cruz... ¡Qué espectáculo!... Los paganos presintiendo su ruina á causa de la cruz, quisieron esconderla y borrar su memoria colocando en su lugar una estatua de la diosa del placer... Todas sus artes solo sirvieron para acrecentar el número de los adoradores del estandarte divino... En su obsequio hizo levantar Constantino soberbios y magníficos templos... Por su mandato la cruz dejó de ser el patíbulo de los malhechores... y pasó á ser, dice san Agustín, el adorno de la corona de los monarcas.

4. No obstante de haber cesado el suplicio de la cruz, no cesó en los cristianos el deseo de sufrirlo...

5. Callo las peregrinas invenciones de algunos para hallar la cruz... Pero no puedo pasar por alto el arte con que vosotras... habeis sabido apropiárosla... Sin querer recorrer con Teresa... sin salir con Maura... sin esconderos con Rosalía... Vuestra conducta prueba que teneis puesta en la cruz toda vuestra gloria: *Nos autem gloriari oportet*... Por tanto no puedo menos de proponeros por modelo á mis oyentes, persuadido que, mejor que mi lengua, vuestra vida ejemplarísima les inculcará el honor debido á la santa cruz.

SERMON II

SOBRE LA SANTA CRUZ.

Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Jesu Christi. (La santa madre Iglesia y el apóstol san Pablo á los galatas, vi).

Nosotros, empero, debemos gloriarnos en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

1. Si los elogios justamente debidos á vuestra piedad pudiesen sin ofenderos y sin dejarme á mí desairado resonar en esta cátedra de verdad á la cual vuestra cortesía me ha invitado, ¿qué otro asunto, ilustres y religiosas doncellas, qué mejor argumento para romper el dique y dar vuelo á mi discurso en edificacion de cuantos me oyen, que vuestra laudable atencion y el generoso y magnánimo fervor que os anima? ¿Acaso no os pertenecen las protestas y voces que hoy eleva la Iglesia brindando á los fieles á regocijarse en este dia para vosotras tan jubiloso y solemne, y para todos tan fausto, como consagrado al triunfo y á la exaltacion de la cruz? ¿No es este por ventura el signo saludable, en virtud del cual milagrosamente merecísteis y con plausible memoria reconocéis haber sido salva la vida de vuestro santo Patriarca y fundador cuando se vió amenazada por sus primeros falsos, fingidos y licenciosos discípulos, hijos de Belial, mortales enemigos y perseguidores suyos? ¿No es este, por ventura, el leño de que formásteis la cerca que debía guardar vuestro celibato virginal contra los comunes enemigos, y conservar intactos y olorosos los lirios de vuestra pureza por entre las espinas de este desierto peligroso que llamamos vida? ¿No es esa, por ventura, la enseña que levantásteis para militar á su sombra en la que cifrais vuestras esperanzas de victoria, la que os inspira fuerzas para el combate y constituye toda la gloria de vuestro triunfo? Llano y dilatado es el campo que semejante espectáculo ofrece á mi vista, y bien conozco toda la ventaja que el recorrerle proporcionaria no solo á mi discurso, sino á esta noble y devota concurrencia, pues si por un lado ganaria el uno en elocuencia y copiosidad

con la exposicion de vuestras infinitas virtudes y alabanzas, por otro ganaria la segunda en admiracion é instrucciones. Como, empero, los elogios que con razon deberia tributaros pudieran hacerse sospechosos á algunos y parecer hijos de la lisonja, ú ofender la religiosa y singular modestia de vuestro ánimo que si está siempre dispuesto á merecer elogios, no empero á oírlos relatar; para librarme de uno y otro escollo, me esforzaré en contener los impulsos de mi corazon, y dirigiéndome á los concurrentes aquí reunidos para oirme, empezaré recordándoles que todas nuestras glorias hemos de procurar vincularlas en la cruz de Jesucristo, á tenor de la invitacion que hoy nos hace la Iglesia, tomada del Apóstol: *Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Jesu Christi.* En esta invitacion me parece oír la voz de una madre noble y previsora, que deseando despertar y encender en el pecho de sus amados hijos generosos impulsos y dirigir sus pensamientos hácia las empresas mas honrosas y laudables, empieza por recordarles las hazañas magnánimas y los timbres militares de sus gloriosos progenitores. Con análoga prevision hoy tambien nuestra Madre amantísima nos enseña y pone á la vista la sangrienta insignia de su divino Esposo, recordando por medio de ella á los fieles los honores que Cristo le reportó, á fin de suscitar en el corazon de todos el propósito de abrazarla y reverenciarla. Deseando secundar este sábio consejo, voy á tratar someramente de la santísima cruz y de algunos de sus mas insignes méritos, explicando de qué manera ella ha sido honrada por Dios, por Cristo y por los fervorosos cristianos; por Dios en ordenarla, por Cristo en sostenerla, y por los cristianos devotos en buscarla: *Ave María.*

2. Que el uso de la cruz sea muy antiguo en el mundo, no puede dudarse, pues se conserva memoria de ella, no solo entre los romanos, los griegos y los judíos, sino en los vetustísimos monumentos de los egipcios, sirios y persas. Pero aquel instrumento que pasó de nacion en nacion como padron de ignominia y de castigo, muy de antemano fue en la mente de Dios ordenado para misterio. Bien podeis creer que desde aquel instante en que por la infinita sabiduría del Altísimo fue prevista la transgresion de Adán, el cual para no turbar sus delicias con su mal aconsejada compañera gustaria sin vacilar la fruta mortífera del árbol prohibido, fue acordado entre las tres divinas Personas, preparar y oponer al desórden la oportuna compensacion. Descubierta desde léjos el pecado del hombre, desde aquel punto debieron despertarse é intervenir la mise-

ricordia y la justicia, la una para purgar y la otra para castigar el gravísimo ultraje previsto, á semejanza de aquellas dos madres del tiempo de Joram, mencionadas en el libro IV de los Reyes. Venidas las tristes de extrema necesidad y penuria, devoraron de comun acuerdo una de las criaturas que tenian, para conservar su vida durante el hambre cruelísima que por entonces afligió la ciudad de Samaria. Debiendo llegar, segun habian pactado, al segundo hijo para cometer con él la misma crueldad que habian cometido con el otro, la una madre, movida de tardío arrepentimiento, procuró esconderlo para salvarlo. Reconvenida ante el Rey de Israel por la otra madre, decia esta: Señor, salvadme, pues habiendo muerto uno de los hijos, no es justo que el otro le sobreviva. De igual ó semejante manera razonarian ante el trono de Dios la justicia y la misericordia con respecto al pecado del hombre. La justicia clamaria pidiendo castigo, y la misericordia, por el contrario, pediria é imploraria perdon. Salvadme, diria aquella, salvadme, Señor, pues si vuestra misericordia ha consentido en el castigo y la caída del ángel, no debe el hombre eximirse de la pena que merece. Salvadme, replicaria la segunda, salvadme, Señor, y pues vuestra justicia ha exigido el castigo del ángel, ya no me queda por salvar y tornar á la vida sino el hombre. Salvadme, repondria la justicia; si el hombre os ofende y ultraja, vuestra honra y la mia requieren que el ultraje sea purgado con la vida del ofensor. Salvadme, añadiria la misericordia, pues si el hombre ha sucumbido por flaqueza, vuestro amor y el mio demandan que el infeliz sea levantado y curado de su herida. Grave era la causa que por una y otra parte se debatía: la una queria dar su compensacion á la justicia divina con razon irritada contra el hombre rebelde y desobediente; y la otra queria satisfacer á la compasion, justamente excitada en favor del hombre engañado y seducido: la primera pedía la muerte del hombre; la segunda reclamaba su vida: aquella atendía á la deuda; esta al rescate. Pero ¿cómo proceder al rescate del hombre sin cancelar antes la deuda por él contraída; y cómo cancelar esta deuda, cuando al intento no bastaban todo el mérito de nuestras preces, todo el poder de nuestras lágrimas, todo el valor de nuestras obras, toda la rigidez de nuestras penitencias, ni siquiera todas las fuerzas humanas reunidas? Era, pues, necesario que en pena de la gravísima falta pereciese el humano linaje, ó que en desagravio de la gloria divina, alguna persona increada se encargase de repararla; era necesario que perdido el hombre por su desobediencia, fuese resca-

tado por otro con el mérito de la obediencia; finalmente era necesario que, procediendo de un árbol el veneno y la muerte, procediese también de otro árbol el remedio y la vida. Así, pues, para dar á la justicia y á la misericordia debida y oportuna compensación, en aquel mismo momento quedó dispuesta por la Sabiduría divina la encarnación del Verbo y su muerte de cruz, dejando á las dos sábias rivales satisfechas y aplacadas con la sangre que en ella debía derramarse; ordenando que desde la cruz tuviese cumplimiento la obra de la general redención, aquella grande obra que á un tiempo devolvió á Dios su gloria, al hombre la vida, salvó al mundo, aplacó al cielo, venció y aherró al demonio, quebrantando todo su reino. Tal como acabais de oír fue el primer honor dispensado por Dios á la cruz, honor tal, que por sí solo bastaría para hacerla en todo el mundo digna de eterna veneración; pero no se reducen á esto solo sus glorias. ¿Cuántos símbolos preclaros y nobilísimos no ofreció Dios al mundo para hacérsela venerable? ¿Cuántas bellísimas figuras, dice san Agustín, no tenemos de ella en la sagrada Escritura, ya en el arca de Noé, ya en la vara de Aarón, ya en la del caudillo Moisés, ya en aquel palo medicinal que Dios indicó para endulzar las aguas de Mara, y en otros cien pasajes tan asombrosos como raros? Ved el arca fabricada por el justo Noé: caían porfiadas y deshechas las aguas del cielo; había el mar roto sus antiguas vallas, rebosando por todos lados; salían de sus cauces los torrentes y los ríos, y nuevos ríos y nuevos torrentes vomitaba el abismo sobre la tierra. Convertida esta en un solo y dilatado mar, crecían las aguas sobre medida para inundar campos, pueblos, tierras y ciudades, arrebatando reyes y pastores, instrumentos y artífices, chicos y grandes: bramaban los vientos, tronaban las nubes, y encrespábanse las olas asolando el universo. Pero en el seno de esta gran tormenta, en medio de todos estos peligros, el buen Noé, y con él el pequeño mundo que había reunido dentro del arca, navegaba seguro á merced de esta, que le ponía á cubierto de todo contratiempo. Mirad la vara de Aarón convertirse, en Egipto, en una terrible y amenazadora serpiente que se arrastra silbando por los salones en presencia de todos los circunstantes, haciendo palidecer y temblar de miedo al inflexible Faraón, revolviéndose animosa contra los dos fieros dragones de los encantadores egipcios, y destrozarlos y devorarlos uno tras otro, sin que quedase vestigio de ellos, y dejando á un tiempo rotos y burlados los encantos. Contemplad el afligido pueblo de Israel en las playas del

Eritreo, teniendo por ambos lados montes y peñascos altísimos é inaccesibles, delante el mar, y á sus espaldas á Faraón con todo su ejército, que acosa impaciente á los israelitas y está próximo á caer sobre ellos. Diríase que la destrucción de estos es segura; y que van á encontrar allí su tumba fuera de Egipto; pero de repente aparece Moisés á la cabeza de todos, é hiriendo con su poderosa vara las aguas del mar cede este á la fuerza del leño, se retira, se divide, abre un camino y ofrece libre paso á los que huyen; y puestos ya en salvo, cargados de los ricos despojos que han recogido, al nuevo contacto de la vara vuelven á romperse aquellos diques prodigiosos, las aguas divididas se juntan otra vez, las rompientes elevadas y amenazadoras, suspensas, sobrepuestas é inmóviles á manera de cristales ó piedras, estréllanse de golpe sobre la cabeza de los egipcios, quebrantando los carros con sus ruedas, derribando en revuelta confusión caballos, soldados y jefes, y sumergiendo y abismando á un mismo tiempo todo el ejército de Faraón. Ved también á los israelitas en el dilatado desierto del Sur, que fatigados, polvorientos, cansados de andar largas jornadas, y sobre todo rendidos de calor, caen unos tras otros exánimes y muertos de sed por las orillas del amarguísimo lago de Mara. Vé, dijo empero el Señor á Moisés, toma aquel madero y ponlo en el agua, que con solo esto quedará templada y endulzada toda su amargura, y el pueblo de Israel podrá apagar su sed. ¡Oh madero! vital y augusto madero! ¿quién en este y otros muchísimos hechos y clarísimos símbolos no te ve prefigurado, reconociendo en ellos tus prendas muy singulares? ¡Ojalá tuviera yo tiempo suficiente para confrontarlos uno con otro é ir enumerando las dotes y virtudes maravillosas que el Señor depositó en tí para nuestro provecho y enseñanza! Mas pasémoslas por alto, pues otras particularidades raras, estupendas y dignas de todo encarecimiento reclaman mi atención, viéndote promovido y elevado á nuevas honras. Tras larga serie de siglos de muchos y nobilísimos símbolos, y despues de tantas ilustres figuras, abrióse por fin en la plenitud de los tiempos la vía del misterio tan repetidamente prefigurado. Habiendo al objeto descendido del cielo el Hijo eterno de Dios, y héchose hombre mortal para sostener la cruz que la divina sabiduría había preparado y su caridad inmensa ordenado para reparación de la culpa y remedio de nuestra salud, no diré vino sino voló á abrazarse con ella. No con mas anhelo se unge el atleta y se prepara y apresura á correr á la palestra; no con mayor ahínco el amante esposo se acerca al tálamo

por el que arduosamente y desde mucho tiempo suspiraba. ¡Oh, cuán ardientes é inflamados suspiros no acarrearía de su pecho el afán de conseguirla! ¡Cuántas veces no acusaría, por decirlo así, al tiempo de perezoso y lento en traerle aquel día y aquel madero que consideraba como el día y el trono de su triunfo! ¡Ay de mí! decía algunas veces á sus discípulos, desahogando en cierto modo la llama que interiormente le abrasaba, ¿cuándo veré preparado aquel baño suavísimo que debe confortarme; cuándo aquel día que debe restaurarme y regenerarme en el ansiado bautismo que me está prevenido? ¡Cruel demora, que aflige y derrite mi corazón! Venga, venga pronto la hora que ha de unirme con la cruz y sacarme de pena quitándome la vida: *Baptismo habeo baptizari: et quomodo coarctor usque dum perficiatur!* (Luc. XII, 50). Llegó, por fin, el día fatal, fijado en los eternos decretos, en que Jesús debía mostrarse al mundo pendiente de la cruz; pero así como cualquiera hombre, por animoso y fuerte que sea, se desalienta y abate á vista de su suplicio, Jesucristo, por el contrario, al ver la cruz, de débil y flaco que era, se volvió mas sereno y esforzado que valeroso Ezequías. Con sábia prevision tienen las leyes prevenido que los reos no toquen ni vean siquiera el instrumento de su suplicio; pero Cristo lo contempló con placer y alborozo, y habiendo llegado á alcanzarla, impelido de sus ardentísimas ansias, la abrazó y cargó sobre sus hombros lacerados, á manera de emblema de su principado, cual otro fénix, de quien se dijo que anhelando rejuvenecer su cansada vejez, va transportando con el pico las ramas olorosas con que prepara la hoguera que ha de abrasarle; él tambien, al revés de sus compañeros de suplicio y de la costumbre de todos los pueblos, llevó la cruz áuestas mientras tuvo fuerzas para soportar su peso. Llegado al lugar de la ejecucion, permitió que los verdugos le despojasen de sus vestiduras, sufriendo con intrépida resolucion la vergüenza intolérable de verse expuesto desnudo á la vista de una muchedumbre casi innumerable *confusione contempta* (Hebr. XII, 2), á fin de poder santificar la cruz con su contacto inmediato. Bastaba, en efecto, superabundantemente para reparacion de los hombres la simple muerte de cruz y el ser puesto ó atado á ella de cualquier manera; pero lo que era suficiente para nuestro remedio, observa el Crisóstomo, no bastaba á su amor y al afecto que por la cruz sentía. Por eso tambien, no contento con que le suspendieran al igual de los otros, quiso además ser fijado en ella con gruesos y ásperos clavos para poder bañarla y enriquecerla con su propia sangre, y

darle parte de su misma carne, cuyos pedazos debian entrar en los agujeros junto con el hierro cruelísimo que le taladraba las manos y los piés. ¿Quién será capaz de ponderar el precio y el lustre nuevamente adquirido por aquel leño tan amado de Cristo, tan santificado por él, destinado á ser el instrumento de su victoria contra el enemigo y de la fundacion de su nuevo reino en la Iglesia? Si la espada del gigante filisteo, con estar manchada con la sangre de un hombre espurio y despreciabilísimo, mereció tal estimacion y reverencia en todo Israel, que el sacerdote Abimelec la consideró digna de ser expuesta á la veneracion del pueblo en el templo de Nobé, solo por haber servido de instrumento á David para quitar del mundo un hombre solo, oprobio de Israel, ¿quién podrá, ó Dios eterno, expresar con palabras la honra y la gloria conferida á la cruz, arma fuertísima por medio de la cual el Hijo de Dios humanado eximió al género humano de su antiguo yugo y afrenta, quitando á nuestro comun enemigo la fuerza de pugnar y ofender, habiendo quedado, no ya teñida, sino empapada toda en su sangre divinísima? ¿Quién dirá la virtud que ella por medio de esta preciosa sangre contrajo? Harto lo sintió el demonio desde aquel momento, pues estremeciéndose de ira y rabia, mordiéndose sus labios é hinchados labios, al impulso de esta arma tuvo que soltar la presa que tenia entre sus garras, sin esperanza de volverla á recobrar. Pero no solo de la cruz, sino de su imágen, cual las sierpes de la sombra del fresno, tiene que huir temblando y agazaparse y esconderse esta venenosa serpiente. La cruz, ved aquí el escudo contra sus ataques y el antídoto contra sus mordeduras. Por medio de este signo el hombre tentado se defiende del demonio y de sus asechanzas, el caido se levanta, y el perseguido queda libre. En ese escudo se embotan todos sus dardos, con esa llave se desatan sus cadenas, y con esa espada se rompen sus ligaduras. Esta es la saeta que lo traspasa, el rayo que lo hiere, el tósigo que lo envenena y exacerba. Además del demonio sienten la virtud de la cruz todas las cosas creadas: siéntenla los ciegos, y recobran la vista; siéntenla los mudos, y hablan; los sordos, y responden; los enfermos, y sanan. Al sentirla tambien aplácense los tiranos, amánsanse las fieras, despéjanse las tinieblas, desvanécense los nublados, retoñan los troncos muertos. Al sentirla, las lluvias no mojan, los venenos no dañan, las espinas no punzan, las espadas no cortan, las llamas no queman. Siéntela el rio, y se detiene; siéntela el mar, y se calma; siéntela el cielo, siéntela el universo. ¿Qué

cosa no siente la virtud de la cruz y la de aquella sangre preciosa y poderosísima que la enriqueció, rindiéndole por este medio los convenientes y merecidos honores?

3. Poco, sin embargo, hubiera dicho de los timbres de este madero augustísimo, si redujese todas sus glorias á la veneracion y á la virtud que por la pasion de Cristo le fueron conferidas. No contento el Hijo de Dios de salir al encuentro de la cruz y ponerla sobre sus hombros; no contento de enriquecerla con su sangre preciosa y decorarla con la virtud de hacer milagros y prodigios, mostró él mismo por ella tal veneracion y aprecio, que, cual nuevo Job, herido en el costado despues de la lucha, casi iba á decir que no pudo menos de conservar hasta en su carne glorificada las llagas que le fueron abiertas en la cruz, conservándolas con preferencia á todas las demás que recibió, como otras tantas señales de sus insignes victorias y conquistas. ¿Cuántos golpes, cardenales, heridas y atroces torturas no debió sufrir antes de poder llegar á la cruz? Díganlo las cuerdas que lo ciñeron, los azotes que le destrozaron las espaldas, las espinas que le taladraron la cabeza y se tiñeron con su sangre. Pero de tantas llagas ninguna le fue tan cara, ninguna tan estimada, y de ninguna conservó huella y cicatriz como de las cinco recibidas en la cruz: solo estas pueden gloriarse de haber permanecido y conservádose, y de ser las compañeras y distintivas de la nueva vida adquirida por el Salvador: solo estas merecieron el privilegio de decorar su carne, de dar patente testimonio de su humanidad, de pregonar á la faz de los creyentes su inmortal resurreccion. En los demás misterios fueron precisos para revelar los extraños y desusados anuncios y milagros: cuando la Natividad, descendieron angélicas legiones para anunciarla y cantar su gloria: en el Jordan, durante el bautismo, dejóse oír la voz del Padre: en el acto de la muerte, hablaron con lenguaje elocuente los peñascos, los elementos y los planetas; mas para anunciar y hacer creer á sus adeptos esta señalada victoria, no hubo necesidad de mas bocas ni de otras lenguas que las llagas abiertas en la cruz. Con estas cinco señales resucitó, con ellas se dejó ver y se hizo tocar por sus discípulos, con ellas, por fin, subió á ocupar la diestra del Padre y obtuvo la enaltacion debida á su humanidad por el mérito de haber sostenido la cruz. Ahora pues, ¿quién extrañará que los Apóstoles y seguidores de Cristo, viendo cuán apreciable era á su divino Maestro la gloria y el sufrimiento de su cruz, se consagraren con todo ahinco á honrarla y promover su honra entre to-

dos los demás? De ahí tomó origen en opinion de muchos santos Padres, la santa y venerable costumbre de simbolizar la profesion de fe cristiana por medio de la señal de la cruz. Tan frecuente y recibida era esta costumbre en mejores tiempos, que segun nos atestigua Tertuliano, jamás se emprendia acto ni tarea de ninguna especie sin darle principio y fin con esta señal. Todavía mas: consideróse tan conveniente y necesario su uso, que, segun dicen san Cipriano y san Agustin, no habia bendicion ó consagracion, y hasta administracion de Sacramentos que se tuviese por buena, eficaz y útil, si no la acompañaba este signo saludable. De ahí tambien la introduccion de cruces de toda clase de maderas y metales, ya en las comunes congregaciones, ya en las habitaciones particulares, sin las que, ó léjos de ellas, parecia no acertaban á vivir ni morir. De ahí finalmente nació en muchos el deseo de buscar y hallar la cruz en épocas de persecucion para acabar y dar su vida á semejanza de Jesucristo. Hubiérais visto, hermanos míos, como aquellos primitivos y fervorosos fieles corrían á menudo tras los verdugos para dar testimonio de su fe, gritando por los caminos y proclamándose seguidores de Jesús crucificado, cuando la persecucion estaba mas encendida, llegando algunos á estamparse la cruz en la frente por medio de hierros candentes á fin de ser reconocidos por los sayones y crucificados: otros fijaban á la puerta de sus casas palos y travesaños para que les suspendiesen y clavasen en ellos. ¡Qué espectáculo tan agradable y risueño para Cristo y su Iglesia, á la par que glorioso para su cruz! los tiernos mancebos, los débiles niños, los trémulos y enervados ancianos increpando animosamente y provocando á los tiranos hasta el punto de haberse visto muchas veces antes faltar verdugos para los tormentos, que confesores para el martirio. El imperio pagano, contemplando atónito y aterrado semejante espectáculo, y como si ya presintiera su ruina, y como si temiera tener que ceder algun dia á pesar suyo á la virtud de este leño prodigiosísimo, cuanto habia conquistado y reunido por medio del hierro en una larga sucesion de siglos, determinó quitar y esconder, como lo hizo, aquella cruz de la vista de sus adoradores, sustituyendo en su lugar un simulacro de la fingida y falsa diosa del placer. Mas ¿para qué sirvieron todas sus artes sino para acrecentar mas y mas la gloria de aquella cruz y el número de sus partidarios? En efecto, si un emperador romano la hizo esconder, otro mas prudente y sábio mandó buscarla; si Adriano para lo primero se valió de hombres toscos y plebeyos, Constantino para lo

segundo se valió de la cooperacion y presencia de una elevada señora y reina, santa Elena, su ilustre y virtuosísima madre; si aquel para ocultarla la hizo soterrar, este al encontrarla hizo levantar en su obsequio soberbios y magníficos templos para que en todas partes la adorasen los fieles; si el uno sepultándola procuró borrar su memoria de la tierra, el otro honrándola hizo que fuese reconocida y venerada en todo su dilatadísimo imperio, y cuanto el primero porfió en envilecerla, tanto mas ennoblecida y ensalzada se vió por los esfuerzos del segundo. Entonces fue cuando en virtud de una solemne y formal disposicion la cruz dejó de ser el patíbulo de los malhechores; aquel instrumento, inventado para ignominia y mayor vergüenza de los reos, pasó á ser, como dice san Agustin, el adorno y el distintivo puesto encima de la corona de los emperadores y monarcas.

4. No obstante, aunque la pena de cruz cesó en los tribunales del Cristianismo, no cesó en los pechos cristianos el deseo de buscarla, procurando con empeño encontrarla ó fabricársela.

5. Callo, porque urge el tiempo, las raras y peregrinas invenciones que muchos inventaron para hallar la cruz; pero no puedo pasar por alto el arte y manera con que vosotros, ó sábias y ejemplarísimas vírgenes, habeis sabido apropiárosla. Sin querer recorrer con Teresa bárbaras regiones, sin salir con Maura al encuentro de los verdugos, sin esconderos con Rosalía dentro de las cavernas, sin traspasar los confines de esta bellísima y feliz patria; con solo esmeraros en seguir las reglas y las pisadas de aquel gran Padre que restableciendo la disciplina monástica en todo el Occidente, fue el primero en trasplantar el Calvario á los claustros; vosotras, repito, habeis sabido apropiaros y uniros á la cruz, cruz tal, que cuanto menos estimada es del mundo, tanto mas aceptable es á los ojos de Dios. Y aunque yo callase, haríanse lenguas vuestro instituto, vuestro ejemplo, vuestra vida, la fama en suma de vuestra virtud; hablarían tambien este suntuoso y bellísimo templo consagrado por vosotros á la santa cruz; los ricos y espléndidos adornos que tanto lo realzan; los devotísimos cultos que con una magnificencia igual á vuestra piedad estais celebrando, y por fin estas paredes y las inscripciones que se leen en los pedestales de la capilla mayor; pues todo proclama vuestra señalada y fervorosa devocion, y los singulares obsequios y tributos que rendís á la cruz, mostrando con esto claramente que teneis puesta en la misma toda vuestra gloria: *Nos autem gloriari oportet in cruce Domini*

nostrí Jesu Christi. Por tanto, no me queda que hacer mas, ó almas venturosas, sino recomendarme á vuestra laudable comprension, y proponeros, como lo hago, por modelo á las que aquí me están escuchando, persuadido de que mucho mejor que mi tosca lengua, vuestra vida ejemplarísima será fecunda y poderosa para convencer á todos del honor debido á la santa cruz, conforme os lo acabo de manifestar.